



Gustavo Adolfo Bécquer

Una inspiración alemana

2006 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Gustavo Adolfo Bécquer

Una inspiración alemana

A mi amigo Ramón Rodríguez Correa

Te dedico estas páginas extravagantes e incompletas, que parecen inspiradas por el vino agridulce del famoso Rhin.

¿Son un sueño real o una realidad soñada? Lo ignoro. Únicamente sé que debieron ser extraños y nebulosos versos alemanes, formando composiciones casi aisladas, de memoria aprendidas hace muchos años y hoy traducidas en pobre y pesada prosa española.

Desde la mañana
hasta la alta noche,
siempre luchando el cuerpo ya viejo,
con el alma aún joven.

(Canción de no sé quién.)

Época primera

I

En mi corazón vuelve a amanecer. En mi corazón se ocultan los últimos rayos de la luna pensativa, y se esconde el último brilla de las relucientes estrellas.

En mi corazón se acurrucan en tropel todos los ecos de las infinitas palabras que la noche, oscura y silenciosa, porque tiene recuerdos, medita con acento íntimo y profundo.

En mi corazón buscan seguro abrigo los suspiros, los punzantes duelos, los

comprimidos sollozos, las penas solitarias y quejumbrosas que la noche ha despertado y que ahuyenta el nuevo día.

En mi corazón se precipitan todos los hijos de la noche: recuerdos y esperanzas, deseos y realidades, ensueños y desengaños, verdades y mentiras.

Mi pobre corazón se asusta al pronto; siente que lo oprimen, que lo conmueven, que lo agitan; pero es tan fuerte, que no quiere quejarse, y calla resignado al ver la claridad del nuevo día.

Sí; en mi corazón vuelve a amanecer. Los primeros rayos del sol doran la cumbre de las montañas. Los prados se iluminan, las colinas resplandecen, y los barrancos más profundos se despiertan perezosos.

El sol mira con sus mil ojos resplandecientes, desde la cumbre de la montaña, y al pronto nada ve, porque su intensa claridad es como el relámpago que deslumbra y todo lo ilumina, hasta la sombra más oculta.

Donde no hay sombra no hay verdadera luz. -Yo te saludo, ¡oh sol! Hacia ti levanto mis brazos, tanto tiempo caídos e inmóviles, y con profundo júbilo me paro a mirarte y exclamo, herido por tu deslumbrante esplendor: ¡Oh sol incomparable! ¡Oh sol siempre joven! Si fueras el sol del invierno te volvería la espalda; si fueras el sol del estío te despreciaría; si fueras el sol del otoño me burlaría de ti; pero ¡oh sol generoso y altivo!»

Tú eres el sol de la primavera, y como eres el sol de la primavera, caigo de rodillas ante tu luz bienhechora, y beso la tierra, y al besar la tierra, late mi corazón fuertemente.

Dentro del pecho late fuertemente, y despierta, y salta de júbilo, porque tus rayos primaverales llegan hasta él, y porque tus rayos primaverales despiertan en su fondo y llenan de radiantes reflejos.

Dulces imágenes casi heladas por el frío invierno, recuerdos tristes y alegres de primaveras ya olvidadas, deleites y pesares ya casi muertos de frío; porque tus rayos primaverales y ardientes, al dar nuevo vigor a la tierra, vieja y sombría al exterior, pero siempre joven y tranquila en el fondo, encienden, quién sabe si por última vez, mi aterido corazón, si no muerto, helado ya y moribundo.

II

Brotaron todas las flores. Se abrieron hasta las flores que se ocultan entre la maleza. El sol de la primavera brillaba radiante en el cielo. Mi corazón volvió a despertarse, y al sacudir su profundo sueño, ¿cómo expresar con palabras el anhelo dulce y a la vez pesaroso que lo agitó profundamente?

Deseos que nunca llegan a cumplirse, esperanzas que mueren casi al nacer con los recuerdos que las dieron vida; ansias de días mejores, sueños de goces reales; impulsos de algo indecible que, aunque no tiene nombre, vibra y se comprende; ecos de apagados deleites; anhelo incesante, ya de ocultos goces, ya de triste calma, ya de pesares casi apetecidos;

inquietud siempre vencedora, delirio nunca vencido; fiebre que se alimenta de su propio fuego inextinguible; tranquila muerte que está acechando el último movimiento de la vida; sueño inquieto, pero largo, que dura días y noches; letargo frío, pero no yerto; silencio profundo con ecos muy lejanos; sombra que, adormecida, sueña con la luz que la engendra; olvido eterno, que al ser olvido es un recuerdo remoto de algo que debió ser. Quietud después de la agitación; calma después de la tempestad; muerte después de la vida... ¡Ah! Yo no sé qué fuerza misteriosa y sin nombre sacudió con creciente violencia mi corazón dormido, y mi corazón se despertó; y al ver el crepúsculo de la mañana que huía presuroso, exclamó lleno de angustia y de placer: «¡Yo te saludo, nueva y deseada primavera.»»

III

Y al aparecer el sol primaveral, palidieron las estrellas que tan tristes rayos vertían en mi corazón, y se escondió pronto la luna que tantas noches había alumbrado mis ensueños con indecisa y traidora claridad. En mi pecho penetró un torrente de luz radiante y deslumbradora, y mi corazón, ha poco rodeado de sombras espesas, se iluminó. Se iluminó, y al verse un gran centro de luz, tuvo precisamente que mirar con sus brillantes ojos las sombras lejanas que su misma luz engendraba, porque se deslumbraba al contemplarse a sí propio, y en su propio esplendor nada conseguía ver distintamente: en medio de las encendidas llamas, la claridad sólo reina, es decir, la monotonía. En una palabra; mi corazón, centro de luz, buscó a la sombra, la vio, la miró días y días, se acercó a ella y la dijo: «Yo soy la luz, pero la luz se aburre sin la sombra. Tú eres la sombra, y yo, a quien el sol primaveral ha despertado, yo soy la luz que a ratos se muere por la sombra.»»

IV

Mi corazón, lo mismo que la primavera, tuvo amor. La luz se enamoró de la sombra. Mi corazón se enamoró, o, mejor dicho, yo me enamoré de la mujer más hermosa, pero más fría, entre todas las mujeres. Cabellos castaños, que en realidad no son ni claros ni oscuros, ni forman un color definido; frente estrecha, preciosa, pero donde no cabe ningún pensamiento elevado; ojos grandes, aunque sin fondo; nariz, ni larga ni corta; mejillas sonrosadas, nunca pálidas; labios cerrados, jamás entreabiertos; la garganta y la mitad del pecho siempre al aire. Las manos, afiladas y frías; los pies, demasiado pequeños; el talle... no

sé si semejante al ciprés o a la palmera, y el aspecto, es decir, todo el cuerpo como un espejo frío, pero brillante, que está siempre esperando quien se mire en él.

Mi corazón se enamoró, quiero decir, yo me enamoré de esta mujer bellísima a quien pudiera comparar con un lirio descolorido y avaro que bebe ansioso las lágrimas de la aurora, de la pobre aurora.

Que toda la noche ha pasado comprimiéndolas y esperando con angustia el nuevo día, para derramar el llanto de sus penas sobre las flores desagradecidas.

V

Yo te amo con todo mi corazón, ¡oh Julia tan amada como desdeñosa! ¡tú eres mi encanto, tú eres mi dicha, tú eres mi patria y mi ciencia, y mi vida y mi muerte!

¡Tú lo eres todo; y sin ti, yo no soy nada! Antes, debe hacer ya tan largo tiempo, he querido a otras mujeres; pero ahora no comprendo cómo he podido querer a otras que no fueran semejantes a ti.

¡Hoy se me figura mi antiguo amor tan frío y egoísta! ¡El que por ti siento ahora, me parece, y en efecto lo es, el único amor de mi vida, el primero y el último!

VI

Cuando en la silenciosa y larga noche quiero precipitar las horas que me separan de mi amada incomparable, se despierta en mi alma como una angustia indecible, como un presentimiento de pesares crueles que a lo lejos me esperan y me llaman con apagado acento.

Un mundo de esperanzas azules y risueñas como la brillante bóveda del cielo, se me aparece a lo lejos, pero tan lejos, que la inmensa distancia abate las alas de mis deseos que se preguntan antes de lanzarse al espacio: «Si no podemos llegar hasta allí, ¿qué será de nosotros al caer desde la altura?»

VII

La desconfianza engendra la pereza egoísta, y la pereza engendra el desamor. ¡Fuera las dudas insensatas y los temores inútiles!

¡Yo sé que tú me amas, Julia mía! Me lo han dicho tus ojos, me lo ha dicho tu frente pensativa, me lo ha dicho tu mano temblorosa y ardiente.
¡Sí, me amas! Tus labios callados, pero trémulos, me lo están diciendo.
Sólo falta que tu corazón comprimido y tembloroso estalle, para que tus ojos y tu frente, y tu mano y tus labios, sean por siempre míos!

VIII

¡Ay! Las nubes, las espesas y envidiosas nubes, agolpándose en el cielo, han oscurecido la luz del sol. -¡Oh pobre sol! ¡cuán pesaroso estás detrás de las nubes, sin ver a tus queridas flores que aguardan anhelantes tus miradas!
¡Oh corazón insensato a quien, cual nube espesa, oculta este miserable y envejecido pecho; cómo surges silencioso en tu oscura cárcel aprisionado hasta que a muerte destruya la cárcel y el prisionero!
Dulces esperanzas que al realizarse se desvanecieron; sueño interrumpido antes que la luz hiriera los ojos; palabras pensadas en el silencio de la noche y desoídas al brillar el sol como inútiles y mentirosas; ¡yo os maldigo una y mil veces! ¡Ojalá nunca os hubiera abrigado al calor de mi alma; ojalá nunca te hubiera soñado; nunca os hubiera mecido dentro de mi pensamiento! ¡Todo fue mentira, todo, menos mi amor!

IX

A veces, cuando la ávida mano del hortelano codicioso va a coger la fruta sazónada, se oscurece súbitamente el cielo, silban los vientos desatados, y gruesas y pardas gotas caen pesadas desde la amenazadora altura.
Huye atemorizado el hortelano, y la fruta se desploma al suelo para ser festín de los hambrientos gusanos. Pasa la tormenta, vuelve la alegría, y el hortelano echa pestes y se tira de los pelos.
Yo iba a coger la apetecida y sonrosada manzana; iba ya a cogerla; ya la tenía casi entre los dedos, y vino la tormenta y me la arrebató. ¡De rabia golpeé la tierra con mi frente, maldije la manzana y la tormenta, y me maldije a mí mismo!

X

¿Por qué no se cansa y envejece el cuerpo? ¿Por qué ella sueña mientras él

duerme; ella anda intranquila, mientras él descansa perezoso; ella habla mientras él calla; ella está rebosando vida cuando él comienza ya la terrible lucha con la muerte? ¡Insensato! ¿Quién responderá a mis preguntas? Los hombres nada saben, y yo solamente sé que por ser mi cuerpo viejo, por estar ya fatigado, no puedo seguir en su carrera a mi alma joven aún y llena de vigor y de energía. Yo solamente sé, y esto lo saben tanto mi alma como mi cuerpo, que, al encontrarla, he perdido para siempre a la mujer más encantadora de la tierra.

XI

Y mientras perdí el tiempo en pensar día y noche en mi amada sin igual, y mientras me alimenté con esperanzas halagüeñas, y con promesas dulcísimas, y con ensueños amorosos, y mientras la amé sólo con el alma, sin que el cuerpo perezoso y confiado aprovechara las horas que huyen precipitadas para nunca más volver; se acercó a mi amada sin igual un joven estudiante y la habló de amor real, que como es fuego se pasa pronto; y me la arrebató por siempre, y la llamó su Julia, mientras yo fantaseaba y soñaba que la hermosa Julia era mía, ¡únicamente mía!

XII

¡Qué amargo es el dolor cuando la esperanza lo desprecia y lo abandona!
¡Es un rey absoluto, de corazón endurecido que hiere a sus vasallos con las mismas armas que sus vasallos le dieron. ¡Qué amargo es el dolor cuando la esperanza lo desprecia y lo abandona!

XIII

Traspasado el corazón por el agudo puñal de los celos, intranquilo en todas partes, loco y como huyendo de mí mismo, me fui no sé a dónde para olvidar a mi amada perdida, causa de mi dolor, y de mis celos, y de mi inquietud siempre despiertos.
Fui a ocultarme en los sombríos y apartados bosques; quise contar mi pena a los tristes árboles, a los arroyuelos alegres, y por ninguno fue oída mi pena, que siguió creciendo, creciendo más y más con el murmullo, monótono de las hojas y el ruido burlón de los arroyos.
Subí a lo alto de las montañas perezosas, y allí, gritando lastimosamente,

conté mi profundo pesar a las nubes que se alejaban y a los barrancos que lo repetían, devolviéndolo sin calmarlo ni contestarme una sola palabra de consuelo.

Y me bajé a los campos. Y llegué a la orilla del Rhin, del Rhin serio y grave, pero siempre bondadoso con los tristes. Y le hablé de mis tormentos y le pedí el olvido y hasta la muerte. Y el Rhin tampoco me escuchó, siguió corriendo indiferente hacia el mar, y me dejó desesperado y solo con mi profunda pena.

XIV

Y cuando mi pena, cada vez más grande, iba a romper mi pobre corazón desesperado, no sé por qué mis ojos se fijaron en las aguas del río que al pasar murmuraban como burlándose de mi alma dolorida y de mi rostro angustioso.

Y miré las aguas largo tiempo. Y de pronto levanté, sin querer, los ojos, y a lo lejos vi, a la opuesta orilla del Rhin, una turba de alegres mozuelas con trajes de diferentes colores.

Unas estaban sentadas contemplando inmóviles el río; otras jugueteaban y corrían de aquí para allá; éstas cantaban amorosas canciones, aquéllas bailaban como en un día de fiesta.

Al mirar aquella alegría lejana; al escuchar aquellas voces frescas y sonoras, aquellos gritos agudos y a la par dulces, se me figuró que por un instante olvidaba mi pena, y en las sombrías tinieblas de mi corazón brilló como un relámpago súbito.

No sé lo que sentí. Era como si soñara despierto. -¿Se había apiadado el hermoso Rhin de mis pesares, haciendo salir de su fondo cristalino sus ninfas más juguetonas que sólo para mí bailaban y cantaban alegremente? No sé lo que sentí. Nuevos deseos agitaron mi alma y mis recuerdos parecían fundirse en esperanzas nuevas. Con los ojos busqué alguna cosa a un lado y a otro, y a lo lejos vi amarrada a la orilla la barca de un pescador.

Corrí hacia ella y atravesé el río, el serio Rhin, siempre bondadoso con los tristes. Y me acerqué, no sin algún temor, a la turba de alegres muchachas que me recibieron amables y con muestras de júbilo.

Una sobre todo era encantadora. Alta, morena, de ojos negros y profundos, de trenzas oscuras y a la vez brillantes, de labios entreabiertos y nunca cerrados. Me acerqué a ella y ella se sonrió suavemente.

No la hablé ni de sueños, ni de promesas, ni de esperanzas. No la hablé más que de realidades. Y tuve buen cuidado de que mi pobre cuerpo no se quedara atrás cuando el alma intentaba correr inquieta.

Y a la caída de la tarde, con toda la galantería del más cumplido caballero, acompañé a la ninfa, morena y de ojos profundos, hasta la puerta de su casa, en la ciudad de Strasburgo, tan renombrada por su gótica catedral.

Época segunda

I

La ciudad de Strasburgo es renombrada por sus excelentes patés de foie-gras y también por su palacio del Obispo, por sus fuertes murallas y por su catedral gótica, cuya torre tiene 142 metros de altura hacia el cielo, y cuyo célebre reloj representa el movimiento del sistema planetario y de las constelaciones de ese mismo cielo que acecha de día y noche la torre puntiaguda.

Es además renombrada Strasburgo, porque sus habitantes y los que no lo son saben que Francia tiene puestos en la santa ciudad los cinco sentidos y a la par centenares de cañones, y que Alemania la mira sin pestañear con sus ojos azules y también con sus obuses, de mirada inmóvil y profunda como la noche sombría. El azul es el color de los celos.

Pero Strasburgo goza entre los alemanes de más alto renombre, porque al llegar la verde y deseada primavera, acuden a la ciudad bendita una turba de amables francesas que vienen sin duda a distraer los cuidados y pesares del invierno por las risueñas praderas del bondadoso Rhin, que a corta distancia agita sus aguas lentamente.

¡Oh Rhin, medio alemán, medio francés! ¡Tú devuelves la energía al cuerpo que los fríos del invierno monótono tenían adormecido, y a la vez despiertas en el corazón soñoliento cien ansias de goces esperados, esos deseos de bienes prometidos, esos impulsos de correr por alamedas y campos solitarios, en busca de alguno a quien poder contar cuán hermosa es la soledad acompañada!

Tus ondas murmurantes cantan a media voz mil y mil baladas amorosas en que de continuo aparecen gallardos caballeros vencidos por los encantos de tus ninfas, o blancas y misteriosas ninfas por los astutos caballeros vencidas; cantan murmurando la leyenda de Loreley, la bella ondina que, con sus trovas irresistibles, atraía a su oculta y húmeda morada a todos los que cruzaban tu corriente; siempre que fueran, aunque mortales, de noble aspecto, es decir, en lengua vulgar, siempre que fueran buenos mozos. Semejante a Calypso en su afamada isla, los sujetaba años y años entre las redes de su amor nunca saciado y los ahogaba en tus aguas, si conseguía con sus canciones engañosas atraerse nuevos convidados a sus festines jamás interrumpidos.

Los sauces y los tilos que dan sombra a tus márgenes y en tus ondas azuladas se miran, tiemblan de júbilo, y al temblar se quejan alegremente y pronuncian palabras misteriosas de amores deseados y cumplidos, de goces imposibles casi pero realizables, de ventura en sueños apetecida y en la vigilia disfrutada.

Los ecos de las verdes colinas que van siguiendo contentas tu majestuosa

corriente, repiten suspiros y sollozos de amor correspondido, de promesas largo tiempo invencibles, y al fin vencidas, de mentiras irrealizables y hoy verdades consoladoras, de besos escondidos en el alma y ahora sonriéndose en los labios.

Tus ondas, tus sauces y tilos, tus colinas y tus ecos, todo me habla de amor real, del único amor posible y verdadero en la tierra. ¡Oh Rhin! sigue acariciándome con tus baladas encantadoras, con tus palabras de amores no fingidos, con tus ecos de besos ardientes devueltos tan pronto como enviados. Ahora más que nunca imploro tu clemencia.

Ahora más que nunca necesito tus favores para levantar sobre tu merecido trono a la hermosa ninfa que en tus márgenes tuve la dicha de encontrar aquel día feliz en que te apiadaste de mi profunda e insulsa pena; a la ninfa sin igual que al parecer salió de tu húmedo seno, pero que realmente habita la santa y renombrada ciudad de Strasburgo.

II

Ando loco y nunca estuve tan enamorado. Es muy bella, y más que bella encantadora. Tiene todos los defectos y todas las perfecciones; toda la osadía y toda la dulzura; toda la astucia y toda la inocencia.

Es hermosa, y es más que hermosa, porque ella sabe que lo es en verdad y, semejante al atrevido artista que modela el duro mármol, ella modela a su capricho, pero siempre con arte, su inagotable hermosura.

Habla, calla, ríe, llora, juega, suspira, piensa, y todo con amor tan singular y desconocido, tan espontáneo y verdadero, que es imposible encontrar sobre la tierra una niña semejante a mademoiselle Celina, recién venida de París a Strasburgo, donde quiere pasar la primavera cerca del Rhin.

III

Mi alma y mi cuerpo están alegres. No recuerdo lo pasado, ni pienso en lo por venir. ¡Ay, no! yo no quiero ni recordar ni esperar. El ayer y el mañana, ¿qué me importan! ¡Quiero vivir hoy, y hoy vivo más todavía; hoy amo, y soy verdaderamente amado!

IV

Mi encantadora Celina tiene cosas de ángel y cosas de demonio. A veces, cuando por la orilla del Rhin paseamos, se para de pronto, me coge las manos, me mira fijamente, me da un beso inevitable, echa a correr, y se sienta bajo los tilos, que se estremecen callados.

Con el pañuelo me hace señas hasta que me tiene a su lado. Apoya la cabeza sobre mi hombro, permanece unos momentos muda y pensativa, arrancando pobres florecillas de entre la hierba, suspira, y luego, con acento alegre y sonoro, me dice:

-¿Verdad que los alemanes son medio tontos? Siempre piensan y nunca hablan. -¿A qué pensar, si no se ha de decir lo que se piensa?- Cuéntame algo de Alemania. Yo sé que allí hay castillos encantados y ruinas habitadas por espíritus benévolos, y oscuras cavernas donde se ocultan gigantes rencorosos y vengativos.

Yo sé que allí, a la media noche, los enamorados se levantan de la tumba silenciosa, y vuelven a amarse con amor vital y ardoroso, como el fuego entre las cenizas escondido; yo sé que en los ríos hay amantes ondinas, en los bosques elfos desengañados, en las montañas gnomos opulentos y generosos.

Yo sé que los silfos que por el aire vagan, y las willis, esas bacantes desterradas de París que inventaran el can-can, velan toda la noche acechando a los mortales para arrastrarlos a su morada oculta, donde los aturden con sus danzas voluptuosas e irresistibles.

Yo sé otra porción de historias que he leído en París en mis días de fastidio, y que de veras he olvidado, porque tan sólo me acuerdo de ti. Cuéntame algo de Alemania, y por cada cuento que sea de mi gusto, prometo darte... un beso es poco... un abrazo es menos... yo te prometo un beso y un abrazo.

V

Una hermosa niña, tan joven como hermosa, entró en la cervecería próxima a la Universidad de Heidelberg. Lleno de gente el salón, lleno de humo y de bullicio, nadie reparó en la hermosa niña.

¡Y en verdad que era hermosa! Parecía su rostro el de una de esas antiguas esfinges que van a revelar un enigma incomprendible. La niña entró, y mirando tímidamente en torno suyo, se adelantó por entre las mesas del salón.

No recuerdo qué canto sonoro brotó de sus labios trémulos; no recuerdo qué extraña melodía resonó, sin imponer silencio, en aquel recinto bullicioso; únicamente sé que algunos, muy pocos, se callaron, y que la pobre niña entonó una canción vieja al parecer y en el fondo siempre nueva.

¡Ay de mí, que olvidé la canción triste y alegre, pero que tiene ecos de tristeza nunca apagados, la canción que hablaba de amor, de celos, de goces, de tormentos, de ensueños en la vigilia soñados! ¡Ay de mí, que sólo recuerdo confusamente tan misteriosas palabras, misteriosas porque en la memoria quedan interrumpidas, y una melodía tan conocida y siempre

nueva, que resonaba como el lejano recuerdo que antes de acabarse muere en el corazón!

¡Ay de mí! La hermosa niña cantaba... yo no sé lo que cantaba... cantaba, ahora lo voy recordando, que el amor principia en la muerte y se aumenta en la eternidad, donde el amor es ambición, y gloria, y virtud y eterno deleite; que tiene a todos los pesares por esclavos sumisos y por humildes servidores. Cantaba que no hay dicha real en la tierra, porque la dicha es un sueño que dura tanto como la vida, del cual nos despierta en silencio la muerte, voluble pero prudente.

Cantaba que la verdad de ayer es hoy mentira, que la verdad de hoy será mentira mañana, y que los pesares y los tormentos son únicamente el principio de la felicidad suprema.

Cantaba la niña con voz juvenil y sonora, aunque no vibrante. Y la hermosa niña, en verdad puesto que tales cosas cantaba, concluyó su canción, y a través de la gente se adelantó pidiendo muy quedo una limosna o una recompensa.

Y llegó a una mesa y tendió la mano a un extranjero que la miraba fijamente. Ella, sin conocerlo, se estremeció, cerrando casi los ojos. Él, ofreciéndole una limosna, la habló con un lenguaje extraño que ella no parecía comprender:

-Yo te amo, porque estás sola y eres humilde. Yo te amo, hace ya mucho tiempo, porque, obligada a cantar entre los hombres el amor, entornas al cantar los ojos, para oscurecer su brillo ardoroso, y cierras de vez en cuando los labios para ahogar el fuego de tus palabras.

»Yo te amo a ti, libre y a la vez esclava de ti misma, porque ninguna he visto, y visto a muchas, que te supere en humildad, en temor, en silencio que, a pesar tuyo, interrumpes con tus cantares enamorados.

»Todo el amor espontáneo que puse en otras, quiero ahora ponerlo en ti. He nacido muy lejos de Alemania, lejos de Francia; más allá de los Pirineos; en una aldea desconocida de los alemanes y casi de los españoles.

»Yo te amo con todo mi corazón, y si no te vienes conmigo, me moriré de dolor lejos de mi patria. -La pobre niña, rechazando la mano que en su mano quería depositar la rica limosna, respondió suavemente, en medio de la multitud:

-En verdad que no comprendo todas vuestras palabras; pero el sentido de algunas de ellas lo comprendo, porque estoy enamorada. Yo amo, aunque no sé lo que amo. Yo deseo y no sé lo que deseo. ¿A qué burlaros de mi deseo y de mi amor?...

-¿Se sabe algo más de la humilde cantadora y del extranjero desconocido? Muy poco se sabe. Ella abandonó su patria; y, como una flor trasplantada, se fue marchitando lentamente.

Él, que era acaso sin saberlo el espíritu del mal, la abandonó en la tierra extraña. Ella, pobre y solitaria siguió cantando en lejanas tierras, hasta que la muerte cerró por piedad sus labios. Y al morir cantaba:

«Yo amo, y ya sé lo que amo. Yo deseo algo y ya sé lo que deseo. Yo busco lo que al fin he de encontrar. Mi corazón sufre, pero suavemente y sin latir. Mi voz se apaga. ¡Yo me muero enamorada de la muerte!»

VI

En un oscuro bosque de Sajonia vivía solitario un caballero, viejo por fuera y por dentro joven, que, hallando en el mundo solamente mentiras, se retiró a aquellos lugares desiertos, donde había soñado que estaba escondida la verdad.

Una tarde apacible de primavera, oyó entre unos matorrales como suspiros y sollozos comprimidos. Con la espada separó el apretado ramaje y vio atónito... ¿qué diréis que vio?... Una corza blanca, mortalmente herida, que, entornando los ojos dolorosamente, le habló de esta manera:

«Yo soy la verdad que vivo con mil formas distintas. Ayer me transformé en corza para solazarme en los bosques, sin testigos fastidiosos, y unos cazadores me hirieron de muerte. Acaba de matarme, porque la herida no me deja respirar.»

Y el caballero, así lo aseguran los sabios, encontró a la verdad en medio de los bosques sombríos; pero la encontró moribunda, y de lástima le atravesó el corazón con su espada para matarla de una vez...

VII

Cayeron de los árboles todas las flores; cayeron todas las frutas; cayeron todas las hojas. El otoño sombrío llegó a recogerlas codicioso. Y sólo un árbol, un almendro que, en la corriente de un arroyuelo, se miraba día y noche, no perdió sus flores, ni sus frutas, ni sus hojas, siempre blancas y verdes como en la alegre primavera. ¿Estaba aquel árbol encantado? ¿Era el árbol de la pereza que no quería despojarse, por ser un trabajo inútil, de sus flores, de su fruta y de sus hojas?

¿Para vestirse de nuevo en la próxima primavera? ¿Qué misterio encerraba aquel árbol siempre florido y siempre verde? Nadie lo ha sabido. Solamente se dice que a su sombra venían a sentarse, en tiempos lejanos, los enamorados que allí se citaban para jurarse amor eterno y para engañarse en cuanto del árbol misterioso se apartaban.

VIII

Todavía recuerdo que no debieron agradar a mi Celina unos cuentos inoportunos que, a orilla del Rhin, bajo los tilos, le conté una tarde de primavera, puesto que ni un solo beso, ni un abrazo siquiera me dio al terminar mis pobres leyendas alemanas. ¿Por qué dos que se quieren bien

han de tener pensamientos diferentes que principian por reconciliar sus cabezas y acaban por enemistar sus corazones?

IX

¡Ah! El amor correspondido que desprecia y olvida las exigencias del mundo, y en sí propio se encierra, y vive para sí propio, sin recordar que la vida tiene un término, ha sido, es y será siempre la única felicidad verdadera, el solo bien realizado. Todo es ilusión, todo es humo, todo es aire vano, menos la realidad del amor. ¡Hay también otra verdad, y es que la muerte, al apagar el fuego de dos corazones mutuamente enamorados, recoge solamente las cenizas y se queda burlada, porque de una llama tan viva y ardiente, la sombra y nada más le pertenece, la sombra muda y fría!

X

El placer es una semilla nunca averiada. Esconde en la tierra un grano de trigo y verás cómo, por medio de un trabajo misterioso y espontáneo, nace un tallo que crece altivo, de una espiga con cien granos que caen sobre la tierra para abrigarse en ella, y para comenzar, concluir el mismo trabajo a la vez, angustioso y placentero, pero siempre inevitable.

Siembra el placer sin ostentación y con cierto abandono: brotarán y crecerán nuevos placeres que, parecidos al primero, aunque no iguales, se irán multiplicando, y te darán una cosecha nunca enojosa y de continuo apetecida. Escoge la parte que hoy sea de tu gusto sin ningún temor, ya que mañana tendrás otra cosecha más rica.

Sembrar y recoger y volver a sembrar, he aquí la vida. Sólo es feliz quien así la comprende y la practica sin afán, sin temor y sin duda. Celina me vuelve loco, o, más bien, me vuelve cuerdo de amor; ella es la tierra donde, sin pena, recojo la alegría, el bienestar, y, sobre todo, el amor que sembré en su corazón generoso.

XI

Estréchame contra tu corazón para que los latidos de mi corazón y el tuyo se confundan y no puedan ser contados.

Besa mis ardientes labios con tus labios temblorosos; bebe mi aliento, que

es el aliento tuyo que en un beso lento y callado he bebido.
Pero, sobre todo, besa mi frente y acalla con tus besos el ruido enojoso
que dentro de mi frente resuena, y la desvela y sin cesar la agita.
Abrázame fuertemente. Sin hablar dime que me amas. Dame la vida, esa vida
que parece una muerte animada en que durmiendo se vive; muerte tranquila
que en un minuto de supremo deleite encierra un bienestar dulcemente
angustioso, digno sólo de los dioses.

XII

Huyó la primavera. El estío llega a su término. Los días son breves, las
noches largas. El peso de la escarcha despierta a deshora las plantas, los
árboles y las pobres montañas, que velan todo el día luchando con esa
angustia sin nombre engendrada por la vigilia forzada y combatida
inútilmente. La naturaleza, al acercarse el otoño, duerme intranquila, y
extraña las horas que de pronto se han trocado, de brillantes y
bulliciosas, en mudas y sombrías. La naturaleza vela durante el día y vela
también soñolienta durante la noche. No puede conciliar el sueño que le
arrebata el estío, tibio y ardiente, próximo ya al término de su jornada,
al otoño, a quien entrega sus placeres para que los guarde sin disfrutar
de ellos. Primavera, estío, otoño, invierno, cuatro amigos que jamás se
engañan; que se dan hace largo tiempo una palabra, y muy pocas veces dejan
de cumplirla.

Ya se acerca el otoño: siempre ha sido silencioso, siempre apocado,
siempre humilde. Ha heredado las virtudes y los vicios del estío, pero los
ha heredado, comprometiéndose a no disminuirlos en un adarme. El otoño es,
por lo tanto, pensador y caviloso; es esclavo de una promesa. Se calla,
pero de continuo piensa; cierra los ojos para ver mejor lo pasado y lo
futuro. Y padece y medita.

Se aleja el estío y desaparece. Yo, que palpito como la naturaleza, siento
que la primavera está lejos, que el estío se despide, que el otoño reina
en mi corazón.

Soy como la hoja que piensa antes de brotar, que brota al fin, que se
estremece de júbilo ante la realidad de lo que ha pensado, y que en breve
se marchita, se seca, y se pierde sin saber ella misma dónde se pierde.

Soy como la onda que sigue involuntaria o gustosa la corriente del
caudaloso río. Sonora e inquieta corre hacia el mar, y en el mar se
precipita con recuerdos y quizá con esperanzas.

Soy como el fuego largas noches oculto que brota de repente, y en llamas
inmensas inunda las sombras, y las vence, y las ahuyenta, y muere al
llegar el día, cuya intensidad no puede combatir...

Primavera, estío, hojas, ondas, aire, fuego, tiemblan y se agitan con
temor cuando ven acercarse la última hora. Yo también me consumo, me
marchito, me muero, porque soy, como ellos, esclavo de un poder oculto e
incansable.

Recuerdo como en sueños lo pasado; no quiero pensar en lo por venir; y el

presente, a pesar mío, no me basta y me hastía. Y es que en la vida el ayer, el hoy y el mañana van siempre unidos; ¡tan rápida y fuerte es su carrera!

Después de tanto sosiego, de tanto placer, de tanta realidad, me siento arrastrado de nuevo en mi camino fatal. ¿Quién dispone así de mis horas?... ¿Seré yo propio mi único enemigo?

XIII

No acierto a comprender cómo el hastío más profundo tiene atemorizados mi alma y mi cuerpo. Es más que hastío; es un desasosiego sin término esperado; un impulso continuo hacia algo sin forma y sin nombre; una nostalgia por una patria desconocida.

Es como un conjunto de odio y de lástima que me tengo a mí mismo. Estoy rendido y no puedo descansar. ¡Oh Celina! Tú eras mi sueño, del cual he despertado porque no podía seguir durmiendo tantos días y tantas noches. Velo, sufro, cavilo, batallo sin cesar, y aunque nada ansío, lo que poseo me entristece y desespera. ¿A dónde van las nubes que pasan presurosas? ¿A dónde van los vientos que huyen asustados? ¿A dónde va la estrella brilladora que cae y de pronto se apaga?

Ninguno lo sabe. ¿A dónde voy yo mismo que en tus brazos he descansado tranquilamente, y que de tus brazos me siento arrancado por una fuerza irresistible e inesperada? ¡Pobre Celina! Yo te he amado con el cuerpo y con el alma.

Que ahora están cobardemente cansados de amarte. Me asusto, me aborrezco a mí mismo, pero tu amor es peor que la muerte. El cuerpo no puede ni quiere soportar unas cadenas que lo oprimen y lo aniquilan poco a poco; y el alma, esclava por tu culpa del cuerpo, no quiere, ni podría si quisiera, pagar un tributo tan largo y odioso. El calor se trocó en frío, el rocío en escarcha, la brisa en cierzo, flores y frutos en brotes insensibles y ateridos, mi amor en odio.

XIV

¿A qué ocultarlo? Lo que ayer era deleite, quietud silenciosa, placer infinito, es hoy martirio, tormento sin nombre, desasosiego invencible.

Quiero fingir que gozo y vivo, cuando padezco y muero lentamente. Se me figura que estoy preso y encadenado en una prisión oscura. Anhele mi libertad y no me atrevo a pedirla, porque mi carcelero, desconfiado, aumentaría mis cadenas y su vigilancia.

Quiero huir de ti, Celina, y no puedo. Quiero abandonarte, y me parece que seré yo el abandonado. Voy a proseguir mi camino, y no puedo: me paro,

miro hacia atrás y te veo tan alegre, tan confiada, tan segura de mi cariño.

Sí, yo te amo; pero con un amor singular y nunca sentido hasta ahora, pero no deseo tenerte a mi lado. Cerca te odio; yo quiero amarte desde lejos, desde muy lejos. Te amo y te odio. Compasión y a la vez egoísmo.

XV

El alma, que se detuvo compasiva en su carrera para que el cuerpo, torpe y perezoso, pudiera seguirla, lo empuja de nuevo con violencia irresistible. Quiere seguir adelante, siempre adelante, y sabe muy bien que más vale descansar al fin de la jornada y no pararse a la caída de la tarde, cuando las sombras oscurecen ya el camino, áspero y penoso al acercarse a su término.

Contra lo invencible es inútil luchar. Lo que ha de suceder, sucede forzosamente. ¡Insensato quien no lo precave a tiempo y se duerme sin preguntarse qué le espera al despertar! ¡Es tan breve el sueño!...

Yo te abandono, Celina mía: es preciso, es inevitable. Yo te abandono, y no me atrevo siquiera a darte el último abrazo; el último, porque el de ayer no debía ser el último. ¡Te abandono, yo que también he sido abandonado! ¡Adiós, Celina!... Al separarme de ti, me consuela la certidumbre de que a tu lado se aumentarían mis sufrimientos y la esperanza de encontrar en mi patria la calma apetecida. ¡Ya estoy libre! ¡Adiós para siempre, pobre Celina!... ¿Seré yo propio mi único enemigo?

Época tercera

I

Pasó el otoño...

¡Qué alegre es el invierno cuando los fríos y las nieves nos advierten que la primavera nos aguarda con impaciencia! pero, ¡cuán triste y desconsolador cuando nos recuerdan que la primavera pasada huyó para nunca más volver!

Silban los vientos caprichosos, caen la lluvia y la nieve con monótono y pesado son, aparece el sol perezoso y adormecido, se asoma la luna solitaria y temerosa; las estrellas están ocultas, y los vapores del suelo, en niebla convertidos y más tarde en espesas nubes, se atreven con el sol y con la luna y con las estrellas, y oscurecen su claridad aterida.

La naturaleza tiene frío, es decir, pesadumbre angustiosa e incesante. Tiene sueño, y no puede dormir; está rendida, y no puede descansar. Tristes están el cielo, las montañas, los campos y los bosques. Todo es fría tristeza y tedio insoportable. El cuerpo, de mísera tierra formado, se estremece de angustia y de frío, y en vano busca el perdido calor. Ni siquiera sirve para abrigar el alma que entorpecen los helados vientos del Norte. Cielo, montañas, campos y bosques me causan horror y son ahora mis enemigos más crueles. La naturaleza me asusta. Yo la odio. Quiero huir de ella y abandonarla a su propia miseria. ¡Lejos, lejos de aquí!... Aún tengo una patria donde la risueña ciudad de Leipzig espera al hijo prófugo y desagradecido. Allí me esperan también mi hermana y mis amigos tanto tiempo olvidados. Allí está el término de mi peregrinación, allí está el hogar que ha de fortalecer mi cuerpo cansado y enfermo; allí el lecho que ha de ofrecerle reposo nunca interrumpido; allí me aguardan el olvido y el bienestar... ¡Fuera de aquí!... ¡Oh ciudad querida, acógeme sin rencor y con indulgencia!

II

¡Cuán dulces son los besos de una hermana que a la vuelta de una larga peregrinación, te espera impaciente, y al besarte llora de alegría!
¡Cómo se dilata el corazón al estrechar la mano de un amigo que, durante largos meses no se ha acordado quizá ni una sola vez de tu amistad sincera!
¡Cuánta alegría al ver la ciudad, la calle, la casa donde naciste y donde yacen encerrados los recuerdos de la niñez por siempre ida!
¡Qué a gusto, después de un viaje largo e intranquilo, se duerme en el lecho donde tantas noches se ha dormido y soñado!
¡Con qué placer el recién llegado cavila, se duerme y sueña; y cuán deleitosamente, al despertar, contempla los objetos que le rodean!...
¡Y qué lástima que estos goces sencillos no basten y sean duraderos, trocándose a lo mejor en fastidio insufrible y monótono!

III

No; los alemanes no son tontos, como los franceses dicen envidiosos. Los alemanes son astutos, son cuerdos, y, sobre todo prudentes, aunque ni astucia ni prudencia revelan su aspecto frío y pesado, sus maneras tímidas y torpes y sus costumbres al parecer monótonas, pero en el fondo sanas y confortables. Saben vivir bien, que es lo principal en la vida. El filósofo que día y noche cavila; el poeta que sin cesar fantasea; el

militar que sueña con los franceses; el estudiante que respeta al profesor y el profesor que estima al estudiante; el noble que politiquea; el comerciante que ambiciona y hasta el obrero que en verdad trabaja; todos viven en su esfera bien y cómodamente; todos duermen en buena cama, comen buena carne, buenas patatas y buen queso; beben buena cerveza; fuman buen tabaco; oyen buena música y gozan a hurtadillas pequeñeces necesarias en la vida, que me parece oportuno callar, no sea que algún extranjero venga a robarme mi parte exigua, pero preciosa.

En una palabra, el rico vive muy bien, el pobre no vive del todo mal respecto de los ricos y de los pobres de otras naciones, en que la práctica de la vida está por demás descuidada.

Largas excursiones en cómodos trineos arrastrados velozmente por cuatro caballos que agujonea el frío y que avivan los sonoros cascabeles; lentas horas contemplando a los jóvenes y a las rubias niñas que, sobre delgados y brillantes patines, pasan rápidos y me saludan, haciéndome señas de amistad o de inocente burla; una mañana o una tarde escuchando la lectura de un libro en el silencio meditado, o las palabras de algún profesor jamás satisfecho de su ciencia; lejanos paseos por entre los árboles callados y pensativos que a la meditación convidan; idas y venidas por las calles, donde medio ocultas detrás de los dobles cristales, se me aparecen rostros conocidos y ya casi olvidados; conversaciones íntimas con las amigas y los amigos de mi juventud; he aquí mis días alemanes.

Cortos pero alegres momentos en que a solas hablo con mi buena hermana... de nada o de mucho... forman el crepúsculo de la tarde; calurosas discusiones en la concurrida cervecería, donde los estudiantes, orgullosos con sus gorritas y sus bandas, cuyos colores indican a cuál corporación de la Universidad pertenecen, beben, disputan y cantan y vuelven a beber; una hora en el teatro para recordar tal o cual escena del Fausto, del Wallenstein o del Guillermo Tell, o para no olvidar por completo el Don Juan o el Fidelio un alto en un concierto, donde Beethoven, Haydn y Mendelshon viven siempre con esa vida que no tiene muerte; una cita yo no sé dónde, a la que acude o no acude, no me atrevo a decir quién; una cena que principia por mariscos y vino del Rhin, y concluye por un enternecimiento general y por un amor ampliamente humanitario que se desborda como las últimas botellas de Champagne; un espacio de tiempo, ora breve, ora largo, leyendo un poeta, un novelista, un filósofo, o escribiendo lo que nunca ha de ser leído; un sueño corto y algo inquieto; he aquí mis noches alemanas...

-¿Cuál es mi destino? ¿Durarán estos días y estas noches, sin que vengan a interrumpirlas los recuerdos que rechazo con indignación, ni las esperanzas que con energía desprecio? No lo sé. ¡Yo anhelo únicamente la quietud, el olvido profundo!

IV

Quiero alejar por siempre todos los recuerdos, todas las esperanzas y

todas las realidades aparentes que son en el fondo ficticias e ilusorias. Quiero vivir la vida verdadera, la única posible, la vida indiferente, irreflexiva, que así desprecia los placeres materiales, aunque a veces goce de ellos despreciándolos, como los ensueños y las fantasías, semejantes al humo que se amontona por ocultar la claridad, y todo ¿para qué? Para formar una sombra pasajera o un malestar momentáneo. Quiero vivir en cuerpo y en alma, viéndolo todo sin mirarlo apenas. Es más, y no me avergüenzo de decirlo, pues así lo siento, quiero vivir llevando la burla en el corazón, ya que no me atreva a llevarla en los labios.

Alemania, esclava en la forma y en el fondo libre, vive confortablemente; pero esa vida, al principio halagüeña, me repugna y me molesta, porque en realidad es monótona y vulgar. No puedo vivir con los otros y he de vivir conmigo mismo.

Sí, odio al mundo y la mejor manera de odiarlo es burlarme de él. ¿Será egoísmo? no me importa. ¿Será impotencia? mentira. ¿Será orgullo? nunca. Quizá sea un sentimiento nuevo que viene a completar mi vida. Nada me importa de nada.

Soy realmente soberano de mi corazón. Las alegrías, como los pesares, dan a veces esa soberanía. Soy egoísta, soy filósofo, es decir, pueblo y tirano, que arreglo las cosas a mi gusto y a mi gusto las acomodo. Tiempo es ya de vivir en paz, si en paz ha de morir. Desprecio todo lo que no me pertenece. ¿No estoy rendido y anhelo descansar? ¡A vivir, pues, o, mejor dicho, a no morir tan pronto!

V

Ahora recuerdo una antigua canción. ¡Qué estúpidas son las canciones populares, sobre todo las antiguas... y casi todas las modernas!

«Un rosál se empeñó en no echar rosas; una estrella se empeñó en no dar brillo: una aldeana se empeñó en no amar a ninguno.

»Y las rosas, la nocturna claridad y el amor brotaron aquella primavera con más empeño que nunca».

El pueblo canta esta canción antigua. Muchos la escuchan, pero ninguno la comprende. Sólo el viento silba, como para acompañar la canción del pueblo.

VI

Durante mi larga peregrinación, mientras yo combatía, unas veces vencedor otras vencido, han ocurrido cambios que he ignorado al pronto y que he descubierto al fin, porque el mal no puede estar oculto largo tiempo.

Un amigo, el único verdadero, que me fingía ausente, amigo de la infancia, a quien quería con esa amistad profunda que llama Byron amor sin alas, ha muerto en mi ausencia. De su muerte me refieren pormenores tristes y pesarosos.

Enfermo, y en el lecho postrado, preguntaba a menudo por mí y maldecía mi ausencia larga y silenciosa. A veces decía que su mejor amigo en la vida era el peor en la muerte. Ya en la agonía terrible me llamaba, me llamaba sin cesar, como si quisiera confiarme un secreto o que yo se lo revelara...

Es una angustia profunda y nueva para mí. Es un pesar que día y noche me atormenta. La amistad, la confianza, el desinterés han muerto sin que yo los viera morir, ni pudiera, por culpa mía, darles el último adiós y la primera lágrima para calmar la agitación de la hora suprema.

Es una angustia desconocida hasta ahora; no esa angustia que brota de una muerte temida o posible, sino la que engendra una muerte increíble, inesperada que, al matar, amenaza a los que se quedan con palabras sordas cuyo eco difícilmente se apaga...

Mientras yo vagaba errante huyó la amistad, pero se acercó el amor. Mi buena hermana está enamorada. Un joven me pide su mano, y ella me pide su libertad, que era mía, para dársela a un desconocido... acaso más digna de ella que yo, que en tan poco la he apreciado.

¡Muerto el único amigo!... ¡Para siempre perdido el corazón generoso y tierno donde podía yo encontrar alivio, si alguna vez se despertaban mis dolores! ¡Adiós, amistad; adiós, fraternal cariño!... ¿Me tiene la suerte envidia, ya que sin compasión me persigue, y con mano cobarde, entre las sombras oculta, me hiere y sin cesar me martiriza?... Si el mal existe y no lo crea la fantasía loca, ¿soy yo el escogido para sus pruebas y el esclavo de sus tiranías?... ¡Adiós, amistad! ¡Adiós, cariño fraternal, para siempre perdidos!

VII

La calma tanto tiempo apetecida, el olvido siempre buscado, la indiferencia casi hallada, la ironía y el desprecio a tanta costa adquiridos, en un instante huyeron cobardemente.

Rendido por el dolor está mi cuerpo, aunque el alma es en el dolor incansable. Vuelve a agitarse, vuelve a combatir, como si fueran la agitación y la lucha su centro fatal.

La soledad merodea, la soledad sombría y llena de ruidos extraños y ofensivos que aturden día y noche mi cerebro.

Amargo es el dolor cuando ataca frente a frente; pero cuando hiere, golpe sobre golpe, oculto entre las sombras, es más terrible que la muerte lenta y vengativa.

VIII

Vuelve otra vez el antiguo tormento, la lucha involuntaria y forzada en que fatalmente soy amigo y enemigo. ¿Podrá el espíritu solo conseguir la victoria, cuando la vil materia está vencida y encadenada? ¡Sangre y fuego, ya que fuego y sangre son precisos!

Vuelven los recuerdos a atormentarme cruelmente. El ayer es más fuerte que el hoy, que en su tormento llama al ayer. Vuelven los recuerdos a atormentarme con tanta violencia estrepitosa, que la esperanza, sacudida y asustada, despierta, huye lejos y muere de miseria y de abandono. El ayer es más fuerte que el hoy y que el mañana.

¡Oh Julia, que me abandonaste! ¿Dónde estás? ¿Dónde yace tu hermosura, muerta para mí? ¿Dónde yacen los encantos para mí creados y por mí sorprendidos? ¿Dónde yace tu alma, que yo hubiera elevado a las regiones supremas, y en la que hubiera encendido la llama que aun después de la muerte eternamente arde?

Tu amor, a un mismo tiempo virtud y hermosura, ruina y salvación, ¿dónde está? ¿Es de veras dueño de tus encantos, de tu cuerpo y de tu alma el hombre que en hora aciaga me los arrebató? ¡Ay! ¡Si supiera en verdad que la muerte no es un remordimiento!...

Celina, tan bella como dócil, a quien abandoné ingrato, yo te he visto en sueños la última noche, en que al fin me rindió el sueño. Soñé que Francia y Alemania combatían por el hermoso Rhin. Soñé que los alemanes vencedores atravesaban el río asustado y sitiaban la ciudad de Strasburgo.

Yo era uno de los sitiadores. Las trompetas resuenan incansables; los tambores anuncian sordamente la pelea. Lanza el fusil con seco y áspero estrépito el primer grito de guerra, y el cañón, con voz bronca y prolongada, atruena los aires, y desde lejos destruye y aniquila.

Al estampido lento del cañón sucede el silencio profundo. Los combatientes se acercan a los muros solitarios: abaten las siete puertas de la ciudad; se desparraman por calles y plazas, sembrando la muerte, porque la muerte es para los vivos la victoria.

Yo entro también en la ciudad, henchido el corazón de venganza, y entro por la misma puerta cuyas losas aún guardan las huellas de tus menudos y sonoros pasos. Henchido el corazón de venganza fingida, entro en la ciudad.

¡Y me pierdo en sus calles tortuosas!... De mil compañeros seguido, que hallan solamente enemigos muertos o moribundos, atravieso, olvidando mi venganza, este arrabal, cruzo aquella ancha plaza, sigo la otra calle, y me paro al fin, rendido y cubierto de sangre, que brota de una herida de mi frente, delante de la casa sombría y silenciosa donde tantos días y tantas noches inolvidables gocé de tu amor incomprensible, ¡Celina abandonada!... Rompo la puerta; subo por la escalera desierta... busco... yo no sé lo que busco... La pobre vieja que, mientras tú y yo dormíamos, velaba.

Oculto en un rincón, me conoce, se adelanta temerosa, y me dice:

-Mademoiselle Celina se marchó triste, pero no desesperada, cuando la abandonasteis tan bruscamente. Huyó a París, porque en París se olvidan

fácilmente las penas. Me dijo al despedirse que, desengañada de vuestro inconstante amor, en París lo olvidaría, y me dijo también que los alemanes son tontos e insensibles...

En la calle resuenan de pronto alegres sonatas que anuncian la victoria. Resuenan y pasan y se alejan lentamente. Los compañeros que me rodean me tienden la mano y gritan: «¡Viva Alemania!» Al oír tan vibrantes voces, me despierto, miro alrededor, me veo solo, en medio de las tinieblas, y hundo la frente en la húmeda almohada.

IX

Es inútil luchar. Solo, castigado, sin fuerza para romper el castigo, de todos despreciado y despreciado de mí mismo, comprendiendo que el dolor real y el placer ficticio los he forjado yo solo, me agito como el náufrago moribundo, sin esperanzas, sin realidades, solitario con mis recuerdos que nada son, puesto que son recuerdos sin realidades ni esperanzas. Si en lo pasado reina la muerte vencedora, si en el porvenir reina la muerte, ¿por qué en el presente ha de reinar la vida?

X

No es el dolor el que me agita sin cesar; no son los recuerdos los que día y noche aturden mi sueño y vigilia; es el remordimiento el que de continuo vence mi voluntad y arrastra por el suelo mi albedrío. Sobre mí pesa el inútil pasado, el presente inútil y el porvenir aún más inútil.

Puesto que silenciosamente sé que soy el enemigo de mí mismo y de los demás; ya que a ninguno he de hacer bien y me he de hacer daño a mí propio, ¿por qué vivo y por qué no muero?... Soy más inútil que mis horas que, egoístas, sólo emplearon sus minutos en atormentar a los demás y en atormentarme a mí mismo. Soy como la tierra, de donde nazco y de donde he querido apartarme, que nunca está satisfecha, ni satisface al fuego intenso que la agita.

La tierra al menos da flores y frutos... ¡Si yo tuviera esperanzas!...

Pero sin realidades, ¿cómo he de tener esperanzas! Cuando entre los recuerdos y las esperanzas hay una ruptura, la muerte sola puede unir las esperanzas y los recuerdos...

Sin embargo, aún poseo un bien real, único alivio en mi última hora: ¡he amado! ¡yo amo todavía! ¡De mi amor inmenso brota mi desencanto, mi nostalgia, mi muerte! ¡Ha sido mi amor y es tan grande, que todo ha sido y es para él pequeño!

Caminando hacia el Rhin, después de abandonar por siempre mi ciudad querida, voy lentamente, y la meditación acorta la jornada.

Llego por fin a aquellos sitios tantas veces contemplados. La primavera brilla de nuevo esplendorosa y alegre. Me acerco al Rhin; no sé lo que voy a buscar en sus orillas. ¡Las aguas corren tranquilas y silenciosas! Los sauces y los tilos las beben sin enturbiarlas; las verdes colinas las miran desde lejos.

Me acerco a la orilla del Rhin. De pronto oigo la voz de un aldeano que grita: «Apartaos de esa orilla engañosa; pocos días hace que ahí mismo resbaló un pobre mozo, cayó al río y aún no se ha encontrado su cuerpo...»

Estas palabras resuenan todavía en mi cerebro y en mi corazón con eco extraño y sonoro. No las puedo olvidar. ¿Son una advertencia, o son más bien un consejo? ¡Ay de mí!

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario



editorial del cardo